



Imágenes teológicas: Presencia De/con/para Dios

Mary-Paula Cancienne rsm (Americas): 'Presencia'

¿Por qué nos enfocamos en la *presencia*?

Cuando usamos la palabra «presencia» en un contexto espiritual o religioso, generalmente nos referimos a una experiencia de realidad suprema, o «Dios», quizás por medio de una experiencia de alguien o algo que sirve para infundir en nosotras un mayor sentido de significado. Tal vez recalibra nuestra atención de tal modo que descubrimos mayor significado, esperanza o propósito, o al menos nos detenemos, hacemos una pausa, nos damos cuenta de o saboreamos una experiencia por parecer importante. Puede despertar en nosotras una experiencia de «presencia de ánimo» por la cual nosotras o alguien más se ocupa de la realidad más respetuosa y creativamente.

Nuestra experiencia de la «presencia» es para este mundo. Quizás insinúa una dimensión oculta o *algo más*, pero cuando experimentamos la «presencia» se siente hiperreal en el momento. Puede invitarnos a un ahora más profundo, así como también al futuro, quizás simultáneamente, o tal vez nos lleve de vuelta a algo que dejamos atrás apresuradamente. La experiencia de «presencia» conlleva una intemporalidad y una espaciosidad que son a la vez íntimas y amplias. Tiene elementos de lo nuevo y lo antiguo.

Quiero sugerir que la apertura a la gracia de la presencia envuelve tres etapas: vulnerabilidad, revelación, y resiliencia.

La conciencia reverente de la profundidad de la creación vive en el juego energético de vulnerabilidad, revelación y resiliencia. La experiencia de la presencia refleja una atención a lo que está sucediendo en muchos niveles. Se remonta en las alas de la vida, alerta a lo que es, abierta a la existencia emergente durante el curso de su larga y abarcadora historia.

Consideremos una conversación con una amiga. –Nos encontramos y saludamos. Empezamos con charla superficial, luego nos acomodamos en un ritmo de diálogo que va y viene, escuchando y compartiendo, reflexionando juntas sobre eventos actuales y como cada una de nosotras se está desplazando por la vida durante lo que puede sentirse como un mundo “patas arriba”.

Nuestras defensas y muros se vienen abajo gradualmente. Reverentemente prestamos atención a la historia de la otra persona, con curiosidad. Nos envolvemos en la conversación, planteamos interrogantes, reflexionamos, nos maravillamos, tal vez reímos, quizás lloramos, tal vez ambos. En esta exploración e intercambio llegamos a conocernos a nosotras mismas un

poco más. Algo esencial, que cala hasta el hueso, indefenso, nos detiene. Parece como un territorio nuevo. Algo inesperado. ¿Qué pasa entre nosotras en estos momentos?

En la primera etapa, entregamos una parte de nuestra capa protectora de tal modo que exponemos algo natural y sin pulimentar sobre nosotras:

un evento cuando no supe qué hacer;
una decepción cuando me sentí rechazada;
un momento cuando me equivoqué;
una experiencia con alguien que desearía poder hacer de nuevo;
un momento de apreciación y afirmación;
un día de alegría cuando traté algo nuevo y funcionó;
un proceso de prueba y error hasta que las cosas convergieron y esto es lo que he aprendido.

Mediante este intercambio pasamos a la segunda etapa, la gracia del descubrimiento y revelación. Sorpresa, algo nos toma desprevenidas, miramos de manera diferente, somos parte de una creación continua, asombrosamente, obras en marcha que somos, sin embargo aún rodeadas de misterio.

Sí, soy un misterio hasta para mí misma y necesito los ojos de otra persona para ayudarme a explorar el mundo y el panorama de mi propia alma, para ver y sentir y escuchar, para reflexionar en el alma de Espíritu, de profunda belleza, verdad y bondad, y su presencia y ocultamiento en el mundo. Es necesario cierto grado de vulnerabilidad para abrir la puerta a la conciencia, al mirar, al escuchar, a la experiencia de la presencia o alma. En esta clase de vulnerabilidad, saboreamos algo de la esencia de la vida, de lo que llamamos Dios o verdad, o incluso amor. Hay resolución en esto.

Vulnerabilidad no es sobre emotividad, falsa humildad, comportamientos para llamar la atención, o un ego patético, tímido. Lo que implica es una humilde disposición para estar con nuestras propias insuficiencias o imperfecciones («sombras»), y para sufrimientos y alegrías, decepciones y esperanzas, las propias y las ajenas, y estar dispuestas a reflexionar, examinar, orar con y aprender de estas.

La constante revelación de Misterio continúa pero sin esos significativos intercambios con otras personas así como con otros tipos de vida, como los océanos y las águilas, y hasta un tiempo de soledad, nuestras vidas serían inánimes. Presencia es, antes que nada tener la disposición a comunicar, a dar y a recibir, desde un lugar de autenticidad, con y sin palabras. Hay una profundidad de verdad en esta comunicación, revelando más de lo que la comunicación en sí puede contener. —La experiencia de la presencia es de poca importancia si la contemplamos como un sustantivo. Exige escucha constante y empatía con madurez.

Tras vulnerabilidad y revelación viene una tercera etapa, resiliencia. ¿Cómo abrazamos la experiencia de la presencia en nuestro ser? ¿Cómo nos moldea la experiencia y la historia que se está revelando y desarrollando?

Para retornar a mi amiga, ¿cómo esa visita se vuelve parte de nosotras, cómo nos ayuda a acostumbrarnos hacia lo bueno, hermoso, y verdadero, hacia justicia y amabilidad, fortaleza y compasión? o ¿cómo una caminata en el bosque y mi experiencia de la presencia de lo santo en esos árboles hace esto? ¿Qué nos rodea y nos enlaza? ¿Cómo soy vulnerable a los árboles? ¿Cómo experimento su vulnerabilidad? ¿Qué es este intercambio o encuentro? ¿Qué se revela, continuamente? ¿Qué se evapora, incapaz de permanecer, sin embargo perdura? ¿Qué es tan resistente como un hilo dorado tejido entre la tela misma desde el principio hasta el fin?

– La oración y meditación son prácticas que nos enseñan sobre la presencia.

¿Por qué nos estamos enfocando en la «presencia»?

Creo que elegimos enfocarnos en la PRESENCIA porque tenemos hambre de una experiencia más grande del Misterio Divino/Espíritu/Significado, tanto personal como colectivamente, en medio de nosotros y entre nosotros, en nuestra vida cotidiana y en el mundo en general. Esta experiencia no tiene que ser estremecedora e impactante pero puede ser un conocimiento que es íntimo y continuo. No tiene que tener origen en antiguas metafísicas pero puede coincidir con interpretaciones del siglo 21 sobre el mundo, pero con espacio para humildad y misterio. La presencia significativa debe poder entrar en el dolor y las esperanzas de muchos.

Puede que algunos de nuestros viejos rituales y patrones no nos envuelvan como solían hacerlo antes. – Sin embargo tenemos un deseo por más del misterio de la santa presencia, y un deseo de ser más que un vehículo para una concienciación de la profundidad de la presencia. — El mundo Zoom, realidad virtual, simulacros, no son suficientes.

No puedo evitar pensar que la experiencia de la «presencia» involucra algún grado de vulnerabilidad real, nuestra vulnerabilidad, tal vez la vulnerabilidad de Dios, descubrimiento o revelación, y una resiliencia que abraza todo esto y prevalece.